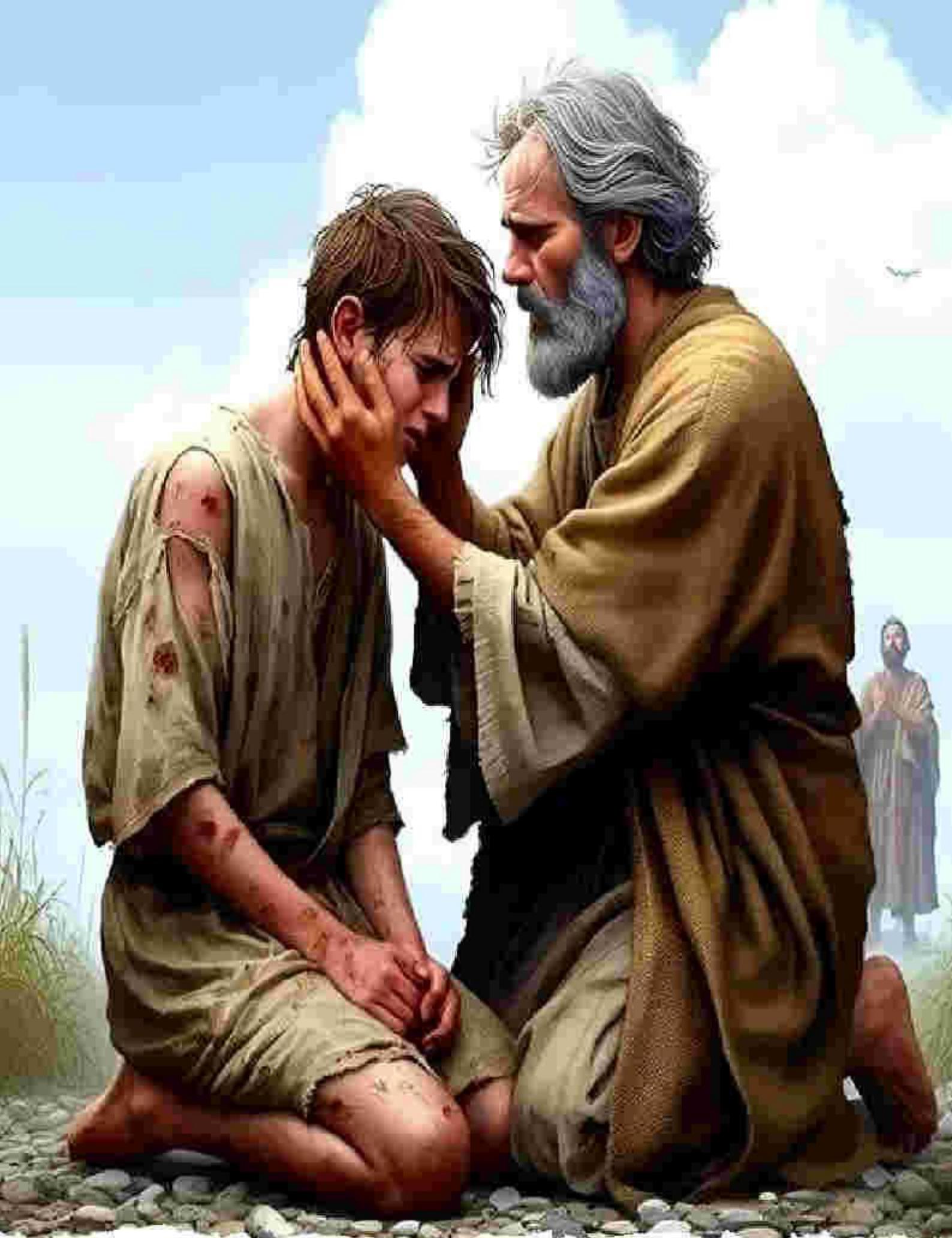


**Señor,
el rey se alegra
por tu fuerza.**

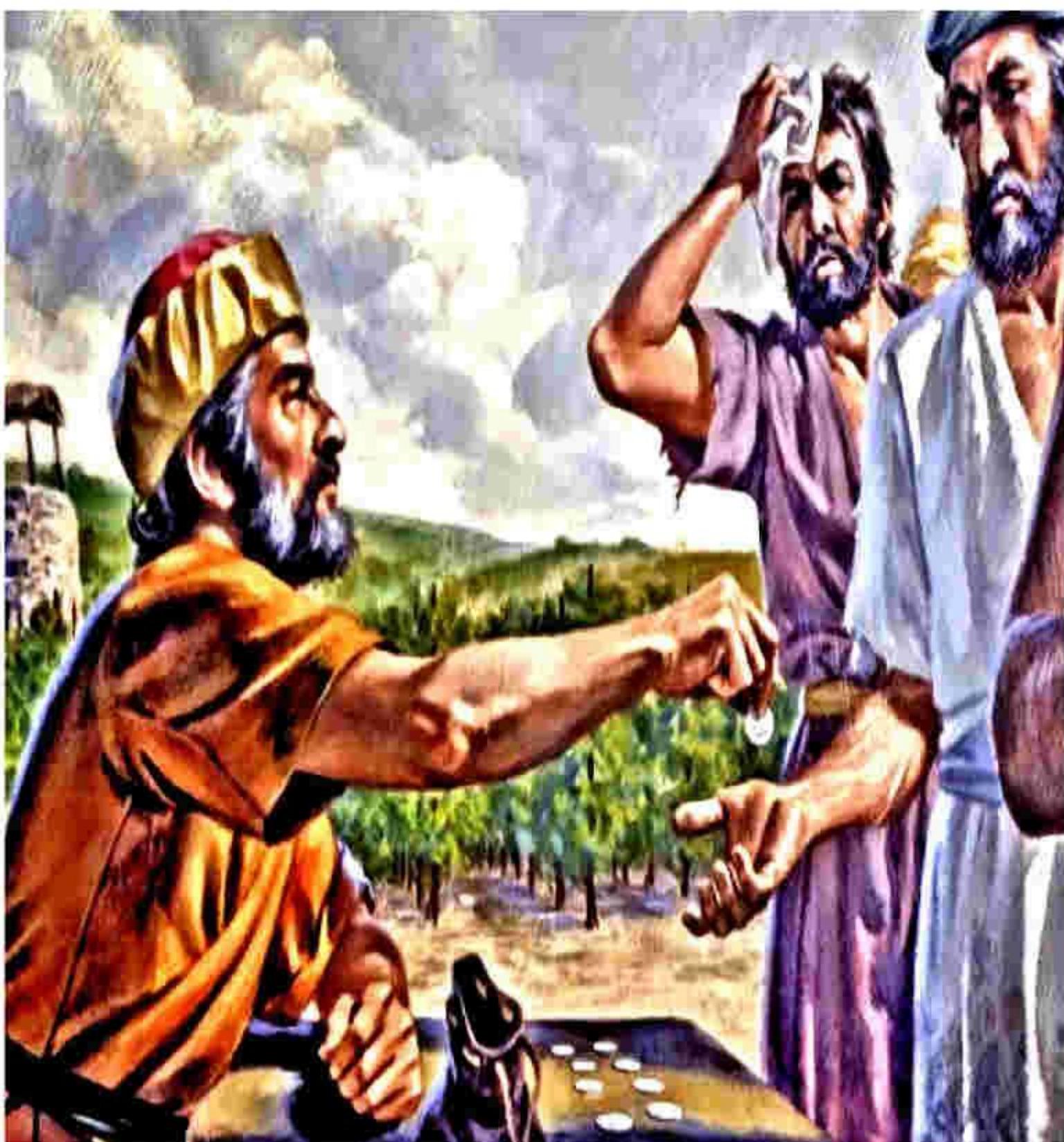
-Salmo 20-



**Miércoles XX
Tiempo Ordinario**



**NO NOS SALVAN
NUESTRAS BUENAS
OBRAS, SINO EL
AMOR GRATUITO
DE DIOS Y SU
BONDAD INFINITA.**



Mateo 20,1-16a

**“Quiero darle a este
último igual que a ti.
¿Es que no tengo
libertad para hacer
lo que quiera en mis
asuntos? ¿O vas a tener
tú envidia porque yo soy
bueno?”**



Parábola escandalosa y desconcertante sobre la bondad de Dios. Es relativamente fácil afirmar que creemos en Dios. Pero creer verdaderamente en el Dios de Jesús es todo un reto. Su bondad va más allá de cualquier sentido de justicia, pasa olímpicamente de méritos o privilegios, ama a corazón abierto, perdido definitivamente en el amor por todos y cada uno de sus hijos. Es incondicional sin ser injusto con nadie.



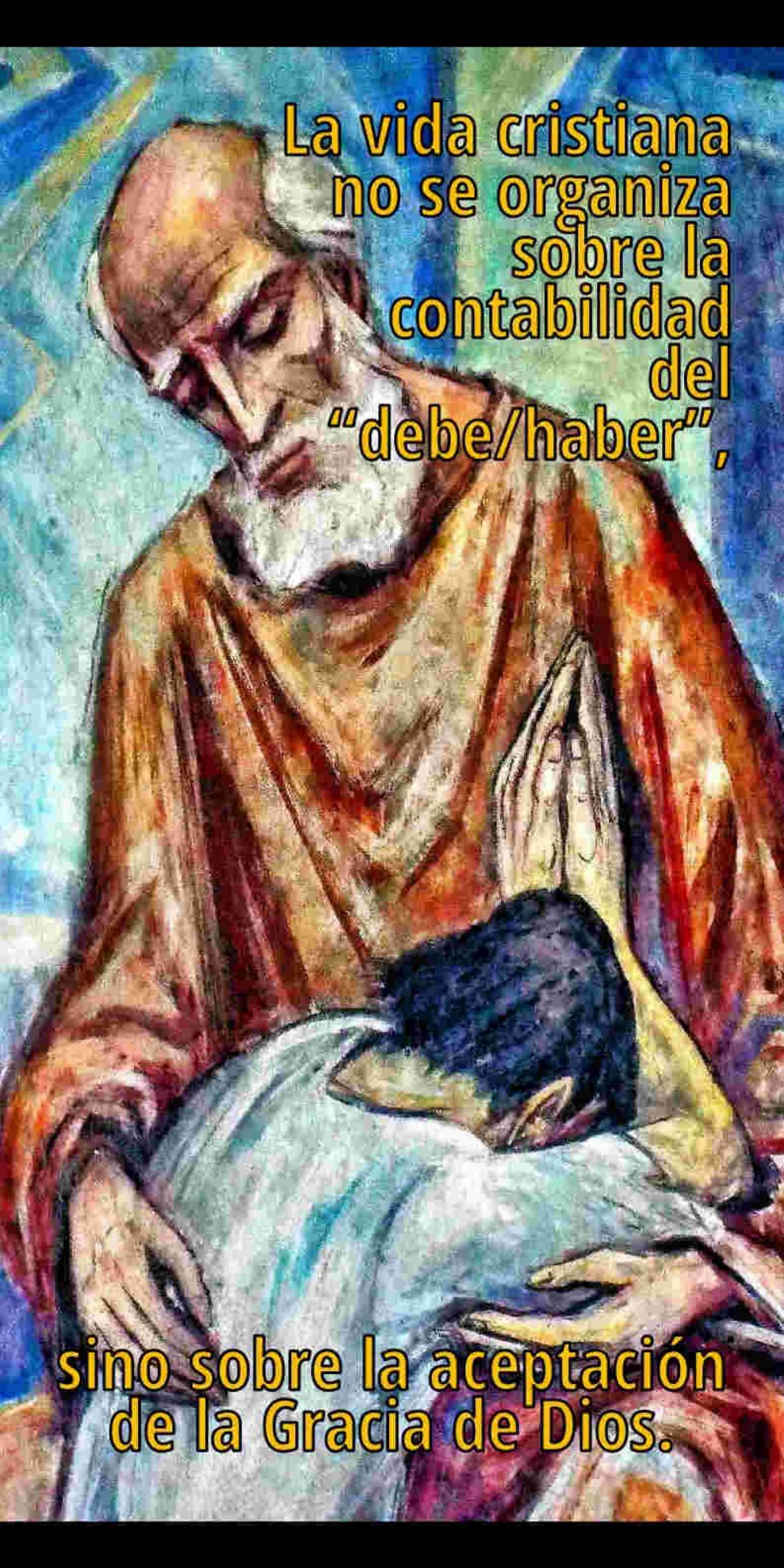
La parábola resalta la concepción mercantilista de muchas de nuestras apreciaciones vitales. La intención de la parábola es justificar la opción de Jesús a favor de aquellos que no contaban nada en lo religioso y social: los pecadores y los pobres. Es, además, una fuerte denuncia contra los que se scandalizan de que el amor cristiano sea gratuito, como el de Dios Padre, y que la salvación se ofrezca a los alejados, a los de la última hora.



En la mirada de aquel propietario generoso, Jesús nos descubre la mirada de Dios: la mirada con la que ve a cada uno de los obreros en espera de trabajo y les llama a ir a su viña es una mirada llena de atención, de benevolencia; es una mirada que llama, que invita a levantarse, a ponerse en marcha, porque quiere para cada uno de nosotros una vida plena, ocupada, salvada del vacío y del abandono.



Dios llama a todos y a todas horas. No es ningún privilegio haber accedido a la fe antes que los demás. Trabajar para el Señor ya es una recompensa en esta tierra. Dios ofrece su casa y su amor a todos, también “a los que llegan tarde”, y no por justicia, sino por bondad. Esta es la clave de todo el Evangelio: no tenemos que amar para que Dios nos ame, sino amar como Dios nos ama y porque Él ya nos ama.



La vida cristiana
no se organiza
sobre la
contabilidad
del
“debe/haber”,

sino sobre la aceptación
de la Gracia de Dios.